I

Cuadro de las Pampas.

El carruaje corría rápido sobre la hierba y por entre los arbustos, deshaciendo á cada momento lo andado á capricho nuestro ó describiendo libremente grandes semicírculos, sin sacudimientos y sin estrépito, como si corriese sobre una alfombra: puesto que en aquel campo sin límites, semejante á una gran plaza de armas dispuesta para un millón de soldados, no había ni una maleza, ni un foso, ni una piedra.

El viento de las Pampas había despejado el cielo; veíase claramente á gran distancia como en el mar; distinguíamos á lo lejos avestruces y ciervos, que nos miraban y huían de nosotros. El propietario de la *estancia* (la cual comprendía más de seiscientas millas cuadradas de terreno y estaba poblada además por cien

mil animales, entre ovejas, vacas y caballos), había dado orden el día antes para que fuese recogida una gran parte de esos ganados esparcidos por aquellos prados vastísimos. Y ya por todas partes de la llanura inmensa, avanzaban las grandes masas de ganado, como si pululasen, después de haber surgido de las entrañas de la tierra; allá á lo lejos oíase ensordecedor zumbido; enormes borrones rosáceos cubrían grandes trozos del horizonte, cual si de improviso hubieran salido de los bosques otoñales y vinieran lentamente acercándose á manera de puntos negros.

Aquellas manchas eran *gauchos* á caballo; y detrás de los ganados que se acercaban, aparecían otros ganados allá muy á lo lejos confusos como nubes de langosta. Toda aquella gran llanura, poco antes solitaria y casi muerta, estaba animadísima y como si se moviese. No tardamos mucho en vernos circundados. Y entonces presenciamos un espectáculo bellísimo, un vivísimo placer enteramente nuevo para un europeo. Los caballos andaban al paso, encabritándose gallardamente, y el carruaje caminaba entre los ganados, rompía aquella ola viviente, nadaba por aquel mar de cabezas y de grupas, que se abría para dejarnos paso; y volvía á cerrarse á nuestra espalda, haciendo como relampaguear mil manchas negras y blanquísimas, presentando cien tonos diferentes de pelo, y millones de ojos asombrados nos miraban. Apenas habíamos salido de un rebaño, entrábamos, nadábamos por otro más vasto y más denso que nos calentaba con sus millares

de alientos, que ondeaba en torno nuestro hasta donde la vista alcanzaba; entremezclándose y mugiendo oloroso y humeante. Más lejos, grandes trozos de terreno blanqueaban llenos de ovejas, y grupos de infinitos caballos ennegrecían la verde llanura como ejércitos dispuestos en extensas líneas de batalla.

Aun á los mismos americanos que iban con nosotros se escapaban exclamaciones de asombro ante aquel espectáculo. De pie en el carruaje, mirábamos en derredor, trastornados, imaginándonos estar viendo pasar los innumerables ganados de un pueblo antiguo que emigrase, millones de bárbaros en caminándose á la conquista de un mundo.

Entretanto los *gauchos* echaban los rebaños delante de sí, galopando y gritando para animar aquella fuga tumultuosa, y agitando al aire las cuerdas de sus lazos, cazaban los toros, apartándolos, rodeándolos. Aquello era hermoso, inspiraba sentimiento de orgullo por la fuerza humana al ver á un animal terrible, después de algunos minutos de desenfrenada carrera y de revolverse furioso, cogido en el lazo á veinte pasos de distancia por las patas delanteras ó por las de atrás, caer, volver á levantarse, caer nuevamente, topar contra el pecho de los caballos, y yacer atado é imponente en medio de un grupo de hombres inermes, inmóvil como si estuviese muerto y resignado al hierro que lo castraba.

*
* *

Al mismo tiempo otros *gauchos*, por otro

lado, junto con los soldados del calzón rosa de la escolta del Presidente, perseguían frenéticamente á los avestruces, los cuales devoraban el espacio haciendo zig-zags, con sus zancas de acero, huyendo delante de los caballos lanzados á rienda suelta; y cuando parecían cogidos ya, cercados, saltaban fuera del círculo que los apresaba, formando en la vuelta y salto rapidísimo un pronunciado ángulo agudo; y así se colocaban nuevamente fuera del alcance de sus perseguidores.

Mientras esto acontecía, muchachos de siete años que se hallaban cerca de nosotros, hijos de *gauchos*, firmes, clavados sobre los caballos en actitudes soberbias, lanzábanse desenfrenadamente á la carrera, perdiéndose en el horizonte envueltos en densa nube de polvo.

Gauchos jóvenes y viejos, de arqueado pecho, figuras extrañas y hermosas que tenían algo del guerrero y del pastor, del torero y del bandido, envueltos en sus flotantes *ponchos*, con sus cinturones de monedas de plata y sus grandes sombreros de fieltro, iban y venían alrededor nuestro, cuando los llamaba el dueño de la *estancia*, galopando con altivez de príncipe.

Los soldados nos traían para que los viésemos animalejos cogidos entre la hierba, que se retorcían violentamente entre sus manos; llegaban hasta nosotros cazadores con sartas de perdices, de palomas ensangrentadas, de ánades silvestres, todavía palpitantes, que espiraban al pie de los caballos, batiendo las flores con sus alas. Otros *gauchos* llegados de muy

lejos traían avestruces cogidos con las *bolas*.

Por todas partes el aire resonaba de relinchos, de mugidos, de gritos, de graznidos, de balidos; por doquiera que se dirigiese la mirada todo era movimiento y fuerza, lucha y valor; la fecundidad, la riqueza en la más bella de sus formas: la riqueza de la carne y de la sangre; un estremecimiento inmenso de vida en la ilimitada llanura libre, el aire de un nuevo mundo para mí: un espectáculo sencillo, antiguo y grande.

***

Así pasamos algunas horas. El sol estaba para ponerse. Los *gauchos* comenzaron la caza del corcel salvaje. Habíasenos acercado una manada de millares de caballos. He aquí cómo se realiza esa caza: de un grupo de potros que escapan, uno, el de vista más perspicaz, se destaca corriendo más velozmente. Es que ha visto las cuerdas fatales girando por el aire á impulso del terrible puño de los *gauchos;* ha comprendido lo que eso significa, y huye, se revuelve, salta, se lanza de aquí para allá con una rapidez prodigiosa. Pero por todas partes se le persigue, se le acompaña, se le acosa; en la dirección de cada una de sus huídas, el implacable *gaucho* aparece, como un espectro, con el lazo levantado.

Entonces se diría que enloquece. El primero que ví cazar así era un hermoso potro negro,

pequeño, de cuello corto, de piernas finísimas, muy semejante á un caballo árabe. Volaba. Pasó junto á nuestro carruaje como el rayo. ¡Apenas pude verlo durante un segundo, y estoy viéndolo siempre! Estaba bello, soberbio, todo tembloroso, convulso de agonía y de ira, con el vientre á un palmo del suelo y la cabeza erguida y terrible; pasó como un relámpago, hermosísimo, hasta invitar á enviarle un beso como á una criatura humana, radiante de una belleza desesperada y heroica.

Apenas tuve tiempo de lanzar una exclamación de asombro, y ya volvía atrás como impulsado por la fuerza del huracán. Toda nuestra simpatía instintiva de hombres sin civilizar, de salvajes, era para él, violenta como los ímpetus de la voluptuosidad. Era la juventud indómita, era la belleza, la fuerza ingenua y libre, la inocencia selvática y feliz que huía á la fuerza del número, al poderío, al interés, á la astucia.

Nosotros seguíamos con afán su desalentada fuga; deseábamos que no llegaran á cogerlo: gozábamos con sus victorias de un momento. ¡Ya está en salvo!—exclamó uno.—Había escapado fuera del círculo que lo rodeaba y se hallaba lejos de sus perseguidores. Pero dos *gauchos* lo seguían volando, revoloteando por las Pampas como las águilas por el cielo.

¡No lo cogen!—decíamos.—En aquel instante un lazo le alcanzó una de las patas de atrás. No importa; volaba aún, rozando la hierba con el vientre, adelgazado y hecho sutil por su frenética carrera de verdadero vuelo. De pronto

tropezó. Otro lazo le había cogido una de las patas de delante. Dió aún algunos saltos, se enredó en las cuerdas, vaciló y por fin cayó al suelo como herido por una bala.

A una gran distancia veíamos jadear horriblemente sus aniquilados ijares, condenados desde aquel momento á la injuria perpetua del talón humano.

Sin embargo, aquella fuga, aquella resistencia violenta que opuso al lazo, son poca cosa en comparación á la furia con que se revolvió contra el primero que le saltó á la grupa. Esto es lo que se llama propiamente «desbravar un potro».

El peligroso ensayo fue hecho poco después por un *gaucho* hercúleo, de gran busto patagónico, arqueado de piernas y cabelludo como un bárbaro, sobre un potro cogido algunos días antes, en medio de un semicírculo de *gauchos* apeados, de capataces de la *estancia*, de soldados, de criados.

El domador llevaba espuelas semejantes á dos hojas de puñal; al potro, que tenía puesta una montura de piel de cordero negra, lo sujetaban fuertemente por las orejas dos *gauchos* á pie mientras el domador montaba. Otros dos *gauchos* estaban á caballo un poco separados, prontos á lanzarse á izquierda y derecha del animal en cuanto se venciese la primera furia, para traerlo á la resignación con el ejemplo palpable de sus dos hermanos domados. En el inmenso horizonte de la Pampa fulguraba la puesta del sol.

Todos callábamos. Parecía que asistíamos

á los preparativos de un duelo á muerte.—¡Valor!—gritó uno.

El *gaucho* dió un brinco agilísimo y se plantó en la silla... Entonces experimenté un gran asombro. Me parecía estar viendo el primer hombre domando al primer caballo; comprendí la antiquísima lucha; conocí por primera vez al noble animal en toda su grandeza, en todo lo terrible de su primitiva fuerza, del orgullo virgen de su raza, nacida para ser libre, no contaminada aún por la servidumbre. No hay palabra ni pluma capaz de describir los botes formidables, el retorcerse de serpiente y de tigre, las furias de toro herido, y los zigzags, las espantosas contorsiones, y no digo los relinchos, sino los aullidos, los gritos casi humanos de dolor y de rabia con los cuales se rebela y lucha para despedir de la silla á su enemigo. Por el terror solo, no se explica aquel desencadenamiento infernal.

Parece que comprende y siente una vil traición, un abuso inícuo de la fuerza, la burla y la vergüenza de no poderse vengar destrozando; parece que entiende que su libertad está á punto de acabar para siempre, que prevé en un momento todas las fatigas, todas las humillaciones y las miserias todas de la vida innoble, hacia la cual lo empuja la férrea rodilla del verdugo desconocido que tiene encima.

Pocos segundos después hállase á media milla de distancia; es un punto negro en la llanura; pocos segundos más tarde está otra vez cerca como si cayese del cielo; luego de nuevo lejano, una sombra negra en un torbellino de

polvo, dentro del cual vense confusamente los movimientos extraños y violentísimos del ginete, sacudido aquí y allá como un autómata atado á la silla, que debiera ser de un momento á otro lanzado al aire para caer despedazado por tierra luego.

Es una fatiga indecible la que se experimenta viéndolos y secundándolos, como no se puede menos de secundarlos con todos los nervios, aquellos retorcimientos, aquellos movimientos epilépticos, aquellos esfuerzos de resistencia sobrehumanos, que hacen temblar las entrañas y palpitar el corazón.

De pronto el caballo viene derecho desde lejos sobre uno, como si fuera enorme ave de rapiña que rompiese á volar horizontalmente para caer sobre su presa, y todos buscan un refugio entre los árboles; de improviso gira sobre sí mismo y comienza á dar vueltas vertiginosas en espacio muy reducido.

El ginete, firme, fijo en la silla, con las piernas tiesas como dos barras de hierro, lo castiga furiosamente con la fusta; el potro salta, se encabrita, se retuerce como si sintiese duplicadas sus fuerzas y su vigor; los espectadores animaban al *gaucho* con gritos y risas y aplaudiendo la inminente victoria del hombre; todos los caballos ensillados, atados á los árboles próximos, se extremecen porque recordaban lo sucedido con ellos y temblaban de miedo y de rabia: diríase que amenazan con una sublevación.

En tanto el potro vuelve á huír como saeta, escapándose de entre sus dos cobardes her-

manos, puestos á sus flancos para aconsejarle la rendición.

Parece, sin embargo, que se agotan sus fuerzas, que va á desfallecer. Pero de pronto otro arranque de cólera lo lleva fuera de allí, y hélo otra vez lejos, en cien posturas fantásticas, devanando locamente con las patas, ora rígido, ora como destrozado, describiendo rapidísimas curvas, como si el viento lo impulsara; y luego, ya se lanza volando directamente hacia nosotros. Pero la lucha toca á su fin.

Pide socorro, insulta, solloza, amenaza todavía; mas su vigor disminuye, su galope se acorta, los dos caballos vuelven á ponerse á su lado; el domador consigue encaminarlo por donde quiere, vencido, enervado, cubierto de espuma, lleno de sudor, con el ojo extraviado y sanguinolento, aprieta á galopar de pronto al pasar por delante de nosotros, lanza todavía otro relincho quejumbroso, el último doloroso adiós á la libertad, á la Pampa sin límites, á su madre, y allá desaparece en el círculo de los criados...

El abominable ultraje quedó consumado para siempre.

***

Entretanto el sol había desaparecido; los innumerables ganados habían ido marchándose por todas partes, perdiéndose en el horizonte. Aún quedaba próxima á las casas de la *Estancia*, que formaban como un oasis habitado en medio del desierto de las Pampas, una manada de unos cuantos miles de caballos. Entonces se hizo el *arreo* de aquel ganado,—*gauchos*, soldados, trabajadores, criados, chiquillos á caballo, pusieron en fuga y persiguieron aquella gran multitud caballar, vociferando, riendo, chasqueando las fustas, las cuerdas, incitándose con la voz y con el gesto, presa de una especie de gozoso frenesí.

Nuestro carruaje, arrastrado al galope, los seguía. Aquella manada de caballos salvajes huyendo á través de aquella desmesurada llanura solitaria, sobre la cual se alzaba ya el blanco disco de una luna enorme, presentaba la imagen confusa y siniestra de la derrota de un ejército aterrado, de un ejército de indios de la *Pampa exterior*, que sintiera detrás de sí el fragor perseguidor de la artillería argentina.

Eran unos cuantos miles y parecían millones; antojábase que llenaban la llanura entera; era como una avenida negra, asoladora, un revolotear inmenso de crines, un hollar la tierra capaz de hacer que ésta se abriese; un relincho formidable que llegaba al cielo. La ola de aquella inundación se agrandaba ó se estrechaba, convirtiéndose en torrentes que se reunían de nuevo para volver á dividirse; algunos grupos precedían al grueso de la multitud y luego se dejaban alcanzar por ella; otros se destacaban hacia los flancos y después se reunían á la muchedumbre; algunos de la retaguardia se incorporaban al ejército con precipitadas imprevistas carreras.

Cuando la manada caía en una laguna, producíase una confusión, un tumulto indescriptible, una oleada de toda la multitud, un remolino, una atolondrada fuga á lo largo de la orilla, una batahola de relinchos desesperados, de caballos que llamaban á sus hembras, de yeguas que buscaban á sus potrillos, de grupos de potrancos de largas patas; perdidos, asustados en aquella confusión, sofocados por aquella huída á la desesperada; y luego, toda la manada inmensa y negra en el agua, atravesando la plateada laguna y un rumor ensordecedor de las ondas surcadas por veinte mil patas fugitivas.

Y *gauchos*, chiquillos, criados, soldados, firmes siempre, lacerando los ijares de sus cabalgaduras, volando como almas en pena, como si persiguiesen con encarnizamiento á los restos de un ejército derrotado por ellos en batalla campal. Y cuanto más aquella visión se alejaba de nosotros, que nos habíamos quedado atrás, más parecía que la yeguada engrosaba, que se agigantaban los corceles, que la huída era más precipitada, que el clamoreo crecía, extendiéndose fantásticamente hasta los últimos confines del *mar de tierra*.

Al fin desapareció la visión y extinguiéronse los clamores al lado allá de una gran ondulación del terreno; y sobre la solemne faz de la Pampa, iluminada por la luna, no se vió ya ningún signo de vida. El *mar de tierra* se extendía en torno nuestro inmovil y silencioso, cortando el claro cielo con su eterna línea rígida y vigorosa; desde allí nuestra imaginación

espantada veía aún la llanura eterna extenderse formidablemente bajo la luna, desde los bosques subtropicales de Tucumán hasta las soledades heladas de la Patagonia.